

Reír por no llorar (*El humor en los años del hambre en Vigo*)

por Antonio Giráldez Lomba.

El 14 de mayo de 1939, cuarenta y cuatro días después del final de la guerra civil, el gobierno del general Franco implantaba la cartilla de racionamiento, un documento que afectaría a toda la población y que daría derecho a recibir una serie de productos racionados proporcionados semanalmente por la Comisaría de Abastos (llamada con mayor precisión “Comisaría de Abastecimientos y Transportes”). Entrábamos en los años cuarenta y con ellos llegaban las cartillas de racionamiento y el hambre. Se dijo entonces que había que racionar los alimentos y que había que desarrollar una política económica autárquica destinada a lograr el autoabastecimiento de productos alimenticios. Teóricamente, las cartillas de racionamiento tendrían carácter provisional, sólo para asegurar el abastecimiento a la población mientras llegaban tiempos mejores. La medida provisional acabó siendo una especie de larga condena que duró trece años, un mes y un día.

A pesar de lo dicho, no quiero ponerme demasiado dramático en este artículo y quiero sustituir hasta donde sea posible el llanto por la risa. Así que, de la mano de las viñetas de humor gráfico y de los chistes aparecidos en la prensa de Vigo entre 1939 y 1952 (casi siempre, en el periódico “*El Pueblo Gallego*”), y de la mano también de algunas coplas y chanzas inventadas por nuestros paisanos en estas mismas fechas (de las que supe a partir de las numerosas entrevistas que realicé entre quienes fueron testigos y actores de aquellos años de cartillas, cupones y estraperlo), quiero que nos tomemos con humor esta mirada al pasado.

1.- *De la “Comisaría de Abastos” y algún anuncio serio que hoy nos parecería “de risa”.*

“ Queda prohibida sin autorización expresa de mi autoridad la salida de gallinas de toda clase y edad para fuera de la Provincia”.

Después de leer este par de líneas, lo primero que hay que aclarar es que no se trata en principio de un chiste aparecido en las páginas de “*El Pueblo Gallego*”, que será la fuente habitual, y salvo que se diga lo contrario, de donde los extraiga, sino del anuncio aparecido en el *Boletín Oficial de la Provincia de Pontevedra* el día 11 de mayo de 1939 que hacía pública la circular nº 111 del Gobernador Civil de la provincia, Manuel Gómez Cantos. Vista la seriedad del asunto, lo segundo que hay que aclarar es que no se trataba de un anuncio dirigido a las gallinas (que, como todos sabemos, son animales “iletrados” y no saben leer) anulándoles “su derecho a la libertad de circulación”, sino de que los productores y tenedores de las mismas no podrían comerciar con ellas fuera de las fronteras de la provincia a fin de evitar el desabastecimiento en la carne y en los huevos de este preciado animal. Al año siguiente, el 18 de noviembre de 1940, el mismo *Boletín Oficial de la Provincia de Pontevedra*, anunciaba una tregua en esta norma de obligatorio cumplimiento, al menos en lo que se refiere a los huevos : *“Desde el día 15 del actual podrán circular libremente los huevos por la provincia sin necesidad de autorización de ninguna clase”.*

Que el señor gobernador, como máxima autoridad de la provincia y responsable mismo de la propia “Comisaría de Abastecimientos y Transportes”, tenía la culpa de las restricciones que se sufrían era algo que quedaba claro en una copla que cambiaba la letra, pero no el ritmo, de aquella que cantaba la “Orquesta Topolino” y que decía algo así como “Encima de las montañas, tengo un nido” y que en la nueva versión venía diciendo :

*“Muy felices seremos tú y yo,
sin azúcar, ni aceite ni arroz,
pasaremos la noche en ayunas
por culpa del señor gobernador”*

Aunque la leche no estaba entre los productos racionados, sí lo estaba el aceite, y siguiendo con los ritmos cantados por la “Orquesta Topolino”, circulaba una nueva versión de su célebre “Tengo una vaca lechera” que tomaba a guasa el octavo de litro de aceite que repartía semanalmente por persona la “Comisión de Abastecimientos y Transportes” :

*“Tengo una vaca en El Castro.
Es de la Junta de Abastos.
Me da leche por el rabo,
cada semana, un octavo.
¡Tolón, tolón! ¡Tolón, tolón!”*

De la propia vigilancia sobre el monto exacto de las raciones asignadas a la población ejercida por agentes al servicio de la “Comisión de Abastecimientos y Transportes” y, más adelante, por la “Fiscalía de Tasas” nos quedan chistes como éste : “Y entonces, la pobre Caperucita Roja, que llevaba su cesta llena de aceite y de alubias, tropezó con un agente de la Inspección de Abastos”.

2.- De las cartillas y sus cupones.

Cada miembro de una unidad familiar era titular de una *tarjeta de abastecimiento*, la cual le daba derecho a una *cartilla de racionamiento* cada seis meses. Estas cartillas incluían una colección de *cupones* para cada uno de los productos que eran proporcionados semanalmente en las tiendas en las que los titulares de estos documentos se apuntaban. Salvo el pan, que se podía recoger diariamente, semanalmente y con el cupón correspondiente, si había suerte y, a veces, después de esperar horas y horas haciendo cola, se podían adquirir algunos de los siguientes artículos : carne, azúcar, bacalao, aceite, arroz, garbanzos, alubias, lentejas, patatas, pasta para sopa, galletas, tocino, café, chocolate. También llegaron a estar racionados el tabaco, los huevos, la mantequilla y el queso. En cambio, fueron de venta libre los siguientes : leche, pescado fresco, mariscos, fruta fresca, frutos secos, hortalizas, ensaladas, condimentos, malta y achicoria. El decreto del Ministerio de Industria y Comercio del 28 de junio de 1939 asignaba la siguiente ración semanal para un varón adulto (80% para las mujeres y los mayores de 60 años y 60% para los menores de 14 años) : 400 grs. de pan (aunque se distribuyera diariamente, no debía exceder esta cifra), 250 de patatas, 100 de legumbres secas,

1/8 de litro de aceite, 10 grs. de café, 30 de azúcar, 125 de carne, 25 de tocino, 75 de bacalao y 200 de pescado fresco.

Como quiera que los artículos mencionados no siempre llegaban a las tiendas (a veces porque se retrasaba el suministro, aduciéndose dificultades en el transporte o escasez temporal de ese artículo, y, en otras ocasiones, porque los artículos se perdían por los vericuetos del mercado negro o clandestino) y que cuando por fin llegaban salía el anuncio en el periódico a fin de que la gente acudiera a las tiendas a retirar sus raciones, no debe resultarnos muy extraño el siguiente chiste aparecido en *El Pueblo Gallego* en fecha tan tardía como el 30 de abril de 1950 : “*Una mujer le dice a un señor que camina por la calle muy distraído y absorto en la lectura del periódico, “usted perdone, ¿es que han dado bacalao esta semana?”*”.

Cuando se implantó en 1943 la *cartilla individual de racionamiento* , lo habitual era que alguien acudía a la tienda (que solía ser un joven o, en las familias bien situadas, la criada) con las cartillas de toda la familia y volvía de allí con las raciones. En este sentido, y tomando con humor que a veces era mayor el volumen que ocupaban las cartillas que el ocupado por las propias raciones, quiero destacar la siguiente ocurrencia:

“Un día, el Caudillo, queriendo conocer de primera mano el funcionamiento del racionamiento, se metió de incógnito en un vagón de tercera clase de un tren. Vio que un chico llevaba un par de bolsas y Franco le preguntó de dónde venía. “Del racionamiento, señor”, contestó el joven. Fijándose en una bolsa grande, le dijo Franco: “Pues parece que te han dado bastante”. El chico le respondió: “No, esta grande es la de las cartillas; el racionamiento viene en la pequeña””.

Ocurría, en otras ocasiones, que era el propio racionado el que retiraba más raciones, porque las que le correspondían oficialmente a él y a su familia no le llegaban a nada, con lo que quedaba con el tendero en situación de débito. Fijémonos en este diálogo humorístico entre un tendero y su cliente :

“ – *Tiene usted ya tomadas siete raciones adelantadas. No puedo cortarle ningún cupón.*

- *Entonces, recórteme el bigote.*”

Riéndose de los propios cupones, encontramos algún chiste como éste, que el humorista sitúa en África, en donde también se supone que por qué no iba a haber racionamiento :

“ - *Estos cupones tan grandes de la cartilla, ¿para qué son?*

- *Para los huevos de avestruz.*”

De lo importante que llegaba a ser la cartilla de racionamiento tenemos un par de chistes de amor y desamor. El primero, de amor, dice así :

“ – *Desde el primer día que te vi, no como.*

- *¿Tanto me amas?*

- *Es que ese día perdí la cartilla de racionamiento.*”

El segundo chiste, de desamor, dice : “*Una joven escribe sollozando una carta en la que rompe con su amado: “Devuélveme todas mis cartas y la cartilla de tabaco de mi padre.”*”

3.- *De lo cara que estaba la vida.*

En 1939, el jornal de un bracero en Vigo estaba establecido en las 7 pts/día. Seis años después, el salario de un ferroviario estaba, también en nuestra ciudad, en 8 pts/día; el de un trabajador del mar, también en Vigo y en 1945, en 9 pts/día. Cinco años después, en 1950, el jornal de un trabajador agrícola alcanzaba en Vigo las 11 pts/día. La breve y fría estadística de estos salarios comparada con la de los precios, por ejemplo, de la carne de ternera, que en 1946 costaba alrededor de las 25 pts/kg., o del pollo, que en ese mismo año de 1946 no se podía comprar uno por menos de 30 pts, explicaban que estos artículos eran un manjar de lujo lejos del alcance del sueldo de un obrero en nuestra ciudad, ya fuera un trabajador en el campo o en la industria. En la mayoría de las familias, el plátano, que nunca podía ser de cosecha propia, porque como sabemos viene de las Islas Canarias, se compraba por piezas y sólo entraba en casa cuando alguien estaba enfermo y la naranja navel, esa naranja grande y sin pepitas, era un auténtico lujo. También eran un bien de lujo cosas que hoy damos por habituales entre los artículos de limpieza y aseo de cualquier hogar como los tubos de pasta dentífrica, los rollos de papel higiénico o el jabón, que también estaba racionado. Quienes disponían de tocino se las ingeniaron para producir a partir de él una suerte de “jabón casero”. Quienes carecieran en nuestra ciudad o sus alrededores de tierras de labor, aves de corral, vacas, cerdos o árboles frutales, se veían limitados a las estrecheces marcadas por los productos que se entregaban mediante la cartilla de racionamiento o a buscarlos fuera de ella en el mercado negro, mercado que no estaba al alcance de los sueldos mencionados. Así que la vida estaba muy cara : los precios subían, hasta niveles “astronómicos” en el mercado negro, pero los salarios no lo hacían al mismo compás. En el año 1948 aparecía este chiste en *El Pueblo Gallego* :

“- *Entonces, ¿la cosa va mejorando?*

- *En efecto, los precios llevan sin subir veinticinco minutos.*”

En los años finales del racionamiento, entre 1950 y 1952, y en relación con el encarecimiento generalizado de la vida, aparecían chistes como los que siguen en *El Pueblo Gallego* :

“ - *Oiga, ¿no sale ese tren de las 10.30 de la mañana?*

- *No, señor. Ahora sale a las 14.30 horas.*

- *¡Atiza! También al horario le han subido el 40%...*”

“ - *Los aviadores son los que mejor viven hoy en día.*

- *¡Como todo está por las nubes!*”

“ - *¡Qué barbaridad, el precio que tienen las sardinas! ¿Tendrán música?*

- *Sí, señor, la raspa.*”

“- *Desde ayer, el precio del pescado ha subido-dice la pescantina.*

- *¿Y no tiene ninguna merluza de anteayer?-dice la clienta.*”

“ – Una mujer compra tres docenas de huevos por ocho pesetas...-dice el profesor.

- Perdona, señor profesor, ¿es un problema de aritmética o va a contar un cuento?”

“Para contribuir a la campaña de abaratamiento vamos a tocar en tono más bajo-dicen un par de músicos en un concierto”.

4.- De las restricciones en el vestir, en el calzar e, incluso, en el “alumbrar”.

Vestirse con cierta dignidad pasó a ser una tarea difícil en aquellos años de escasez. En las casas se cosía mucho : las familias que se lo podían permitir pagaban a una modista, que venía a casa para confeccionar la ropa o hacer los arreglos convenientes ; en las familias donde esto no era posible, eran las mujeres de la casa las que se aplicaban en hacerlo ellas mismas. Con la ropa, como con la comida, se hacían verdaderos milagros. Los hermanos menores heredaban la ropa de sus mayores y se reutilizaba hasta límites que hoy nos imaginamos con dificultad : los abrigos y las chaquetas se volvían, como los cuellos de las camisas ; de las partes menos gastadas de las prendas de los adultos se obtenían cortes que servían para los más pequeños. En la ropa de estos últimos, las madres dejaban siempre las costuras bien cumplidas para poder soltarlas conforme los niños fueran creciendo. Los cortes sobrantes de tela se reservaban para que cuando se desgastaran, por ejemplo, las coderas se pudiera echar una pieza de tela más sobre la zona dañada y aguantar así un año más con la misma prenda. La ropa se zurcía una y otra vez, se cogían los puntos de las medias (que al resultar caras, había mujeres que se pintaban alguna raya sobre la piel para simular que las llevaban puestas) y se utilizaba cualquier retal para sacar de él una prenda. Podría decirse que todo se aprovechaba hasta que ya era absolutamente inservible. Para que sepamos de qué precios estamos hablando, veamos lo que costaban en nuestra ciudad en 1944 algunas prendas : un par de medias, 18 pts., la misma cantidad que podían costar unas bragas, unos calcetines, una bufanda, una corbata o una camiseta ; unos calzoncillos, 24 pts. ; una falda, 33 pts., cantidad parecida a la que ascendía una blusa de mujer o un camisón ; una combinación, 60 pts.; un vestido de mujer, 75 pts.; finalmente, prendas como los pantalones de caballero, un jersey, una gabardina, un abrigo, una chaqueta, un pijama o una bata de casa sólo se podían encontrar por encima de las 100 pts. e, incluso, por encima de las 200 pts. si alguna de estas prendas era de lana o si se trataba de un traje (en JO.PE.RI, aquel antiguo comercio de confección regentado por el fallecido Joaquín Pérez Rico, que había llegado a nuestra ciudad procedente de Benavente, apodado por las “malas lenguas” como “jodido pero risueño”, situado en el número 18 de la calle Policarpo Sanz, una gabardina de lana con goma se vendía en 1944 a 268 pts.). Bueno, ya está bien de hablar en serio. Veamos, a continuación algunos chistes aparecidos en *El Pueblo Gallego* durante los años del racionamiento en relación con lo caro que costaba vestir, el continuo reaprovechamiento de la ropa y lo habituales que llegaron a ser los robos de ropa :

“ *En el cine*

Ella.- ¡Es estupendo!

Él.- ¿Quién? ¿Roberto Taylor?

Ella- No, el telón. ¡Se podían sacar ocho sábanas magníficas!”

“ Señora- *¿Pero cómo me trae usted once pañales de lavar si se llevó la docena?*
Lavandera-*¡Non sei; Pero teña en conta a señora que istas telas novas encollen moito.*”

“ -*¿Por qué duermes todo el día?*
-*Por no estropear el traje.*”

“ -*¿Cuánto me va a llevar por el traje?*
-*1.200 pesetas.*
- *Entonces, no me ponga usted bolsillos. No me van a hacer falta.*”

“- *Dime alguna cosa que pertenezca al género común-*
-*El abrigo de mamá, que también se lo pone mi hermanita.*”

El reaprovechamiento hasta lo inservible afectaba también al calzado, que también resultaba ser muy caro si se adquiría en un establecimiento céntrico y no procedía del “reciclado” de otro par anterior. Las zapatillas, por ejemplo, se usaban hasta que estaban hechas jirones y, si tenían suelas de goma, no se tiraban tras su primer uso : cuando se rompía la tela se le ponía una nueva y la suela original se reutilizaba para dos o tres o quién sabe cuántos pares de zapatillas más. A veces, las primeras zapatillas ni siquiera se compraban en un comercio sino que se fabricaban a base de neumáticos desechados a los que se pegaban o cosían unos trozos de trapo. Entonces, las suelas podían resultar eternas. Fuera del centro de Vigo, en las parroquias del ámbito rural, hombres y mujeres gastaban a diario calzado de madera, zuecos y almadreñas (también llamadas “medreñas”), calzado barnizado y tallado a mano, más resistente y más económico, que se vendía a un precio que oscilaba en 1946 entre las 10 y las 20 pesetas el par según su tamaño (de formato pequeño, de cadete, de mujer y de caballero). Por encima de estos precios, también en 1946, se podían comprar unas zapatillas de goma barnizada por 25 pesetas (al mismo precio que unas medias suelas o unas katiuskas), unas botas de goma por más de 35 pesetas el par (al mismo precio que unas zapatillas tipo tenis u que unos patucos de bebé), y ya rondarían las 100 pesetas unos zapatos de piel de mujer y pasarían de las 200 pesetas si fueran de este mismo material, pero para caballero. Como curiosidad, añadido que, también en torno a 1946, un par de cordones costarían una peseta y un par de tacones de goma 8 pesetas. Y de la curiosidad, a los chistes, fiel reflejo de la escasez, la carestía y el reaprovechamiento también en el calzado. Salvo el primero y el último de los seleccionados, que proceden ambos de la *Hoja Oficial del Lunes* de los años 1948 y 1947 respectivamente, los demás los he podido leer en las páginas de *El Pueblo Gallego* entre los años 1945 y 1950 :

“ ¿Por qué lloran los cocodrilos si los sacrifican para hacer zapatos, y nada menos que de 875 pesetas?”

“ Pues voy en busca de un amigo que es cojo del pie izquierdo para comprarnos entre los dos un par de zapatos.”

“ Al despertar el hermano mayor le dice al pequeño, entre sorprendido y desilusionado : “¡Oh, tiene gracia! Los Reyes Magos han puesto medias suelas a mis zapatos”. ”

“- ¿Es de duración este nuevo tipo de calzado?

-Depende del tiempo que lo tenga en el armario antes de estrenarlo.”

En realidad, debo advertir que el último de los seleccionados en relación con las restricciones en el calzado, que es el que sigue, no era un chiste sino un consejo aparecido el 10 de marzo de 1947 en la *Hoja Oficial del Lunes* : *“Que cada cual cuide la duración de sus zapatos lo posible”*.

También fueron objeto de no pocos chistes las frecuentes restricciones eléctricas. Sirvan como ejemplo los que siguen, aparecidos entre los años 1946 y 1950 en *El Pueblo Gallego* :

“ Al condenado en la silla eléctrica : “Si cree que le va a salvar la restricción, está usted muy equivocado : aquí trabajamos con grupo electrógeno propio”. ”

“ – Ese joven es torero y antes actuaba mucho.

- ¿Y ahora, no?

-No, ahora no se viste de luces por causa de las restricciones.”

“ -¿Y dice usted que en su sector le han puesto corriente alterna?

-Sí, alterna : un día sí y otro no.”

“ Eran tantas las restricciones eléctricas que una noche no acertó con la cama y se acostó en la pared.”

“ Era un gusano de luz tan moderno, tan moderno que hasta tenía apagones.”

“- No te fíes de la temperatura y ten cuidado con las corrientes.

-No te preocupes. He leído que las corrientes están en régimen de restricción.”

5.- De tiendas y tenderos.

Los productos que se obtenían con la cartilla de racionamiento eran insuficientes para abastecer a las familias, las cuales se veían abocadas a aprovisionarse fuera del régimen oficial, es decir, en el mercado negro. Desde no pocas tiendas se traficó con el hambre de la gente llegando a producir la venta de artículos por encima del precio de tasa oficial y el fraude sistemático en el propio peso de los productos el enriquecimiento meteórico de algunos tenderos. Eran las fortunas de unos nuevos ricos que surgían en tiempos de hambre y escasez. Las estratagemas de algunos de estos tenderos saltan a las páginas de la prensa en forma de chistes como los que muestro a continuación :

“- ¿Conoce usted al campeón de peso ligero?

-¡Ya lo creo! Mi tendero de comestibles.”

“ Tráigame una ración de sopa, pero que la mosca no sea tan dura como ayer.”

“ - ¿Qué significa ese cartel escrito en chino?- pregunta el cliente.

-Es la lista de precios- responde el tendero.”

“ Me ha vendido mantequilla a precio de tasa. Debe de ser el tonto del pueblo.”

6.- De los “comestibles incomedibles”.

Cuando los productos racionados llegaban a las tiendas, las colas eran a veces tan grandes que en no pocas ocasiones las estanterías ya estaban vacías cuando a uno le tocaba el turno. Y cuando se conseguía adquirir el producto, la ración del mismo era tan escasa que resultaba imposible dar de comer a la familia con dignidad. Entonces, quedaban tres opciones : acudir al estraperlo – salida que requería de un desembolso mayor que el del mismo artículo comprado a precio de tasa, y no todo el mundo podía hacer frente a ese desembolso -, aguantar el hambre o buscar fórmulas para intentar, al menos, engañar al estómago : así nació el sucedáneo. El aceite, artículo que no crecía en nuestros huertos, era sustituido para freír por sebo, tocino o grasa de pescado (de sardinas o de congrio) porque a poco llegaba, cuando estaba disponible, la ración de 1/8 por persona. Otro artículo, el café, fue uno de los productos

que encontró mayor número de variantes o sucedáneos porque el “café, café” era un producto prohibitivo que estaba sólo al alcance de los más ricos, de los estraperlistas o de la gente que tuviera una posición económica desahogada. Salvo unos pocos afortunados, el resto de la población probó en aquellos años de penuria todo tipo de infusiones que recordaban lejanamente eso que llamamos “café”, siendo las más populares las elaboradas a base de achicoria y de malta, que se obtenía a partir de granos de cebada convenientemente tostados y molidos (incluso llegó a obtenerse sucedáneo de café a partir de higos que, una vez tostados y cocidos, se lograba un líquido de color parecido al café y de sabor dulce, con lo que se ahorraba el azúcar, otro artículo racionado). Con café o sin él como materia prima, lo normal era hacer el “recuelo”, un agua teñida que se obtenía de cocer bien cocidos los posos del café anterior y al agua pardusca resultante, de aroma indefinible, se le volvía a echar una pizca del producto auténtico, café, o de achicoria o malta para poder intuir algo del sabor original. Veamos, además, unas cifras : en 1939, meses después de implantarse la cartilla de racionamiento, un kilo de café natural costaba 15 pesetas y 50 céntimos (en 1941 pasaría de las 20 pesetas el kilo, en 1948 llegaría a venderse a 60 pesetas y en 1950 alcanzaría las 70 pesetas el kilo), un precio muy alto, máxime si lo comparamos con lo que costaban en esa misma fecha otros artículos. Con las mismas 15 pesetas y 50 céntimos de 1939 se podían comprar en la misma fecha casi 5 kilos de besugo, 3 kilos de queso y, con el periódico a 25 céntimos, el dinero que costaba un kilo de café permitiría una suscripción de dos meses. Y eso a precio tasado, que muy otro sería el precio que habría que pagar si se compraba de estraperlo. A través de la frontera con Portugal se introducía, normalmente en tren, el café procedente del país vecino en los circuitos del mercado negro y es que el precio del café en Portugal, a 2´50 escudos el kilo – cambiándose la peseta, en el peor de los casos, a 0´45 pesetas por escudo – hizo del transporte clandestino de este producto un negocio redondo para los estraperlistas: por el precio oficial de un kilo de café en España, podían adquirirse casi 14 kilos si uno iba a buscarlo a Portugal a lo que se le sumarían los beneficios “extraordinarios” de su venta ilegal en el mercado “extraoficial”.

El sucedáneo era, ya fuera de café, de chocolate o de cualquier otro artículo, era en sí mismo, un artículo adulterado, pero esa adulteración era legal y era admitida con resignación por todos. Otra cosa eran las adulteraciones ilegales y perseguidas en otros artículos de consumo habitual como la leche o, incluso, en menor medida, la carne y, en general, los alimentos en mal estado. Riámonos un poco a propósito de esta situación con la selección de chistes que siguen, extraídos de las páginas de *El Pueblo Gallego* y la *Hoja Oficial del Lunes* entre los años 1945 y 1952 :

“ –Oiga usted, este pescado no está fresco.

-Me extraña mucho, señora, porque ha llegado hoy.

-Entonces, es que ha venido a pie.”

“ ¿Por qué se vigila tanto la leche y se vigila tan poco el café?”

“ –Es un té riquísimo, Purita : se diría que es café.

-No, pues es chocolate.”

“ -¿Qué va a ser?-pregunta el camarero.

-Café- responde el cliente.

-¿Solo?-pregunta el camarero.

-¡Ojalá¡-exclama el cliente.”

“Pues ahora te vas a jugar a la calle y como seas malo te doy chocolate del de ración.”

“ – Deme un litro de leche- dice el cliente enseñando el recipiente-

-Aquí no cabe más que medio litro-dice la lechera.

-Bueno, pues quítele el agua- dice el cliente.”

“ - ¿De modo que cuestan más las chuletas?

-Sí, señora, ¡ como no llueve ¡

“ Entre indios, le dice uno a otro : “Si vienes amistosamente, fuma la pipa de la paz, pero si buscas guerra, fuma unos cigarrillos de “Ideales””.”

“ Ya sabe usted que al médico siempre hay que decirle la verdad. Dígame, ¿dónde compra usted el tabaco rubio a 4 pesetas?”

“ - ¿A quién le mandas esa carta?

-A una droguería de la ciudad, a ver si me mandan más albayalde porque el pueblo está con gripe y es un cargo de conciencia dejarlo sin leche.”

También el jabón, hecho muchas a veces a domicilio, tenía fama de ser malo el que entregaban a precio tasado, y si no veamos este chiste : *“ Dígame señorita, ¿con qué podría quitar las manchas de jabón?”.*

7.- Del hambre que se pasaba.

Si hubiera que elegir un año de los trece que duró el racionamiento como sinónimo de hambre ese sería, sin dudar, 1941. “*Tenías que haber pasado el 41*”, decían algunas veces nuestros padres cuando dejábamos sobras en los platos, y nosotros, niños, sin entender mucho lo que eso significaba, rebañábamos los restos del plato a regañadientes. 1941 fue el año en que en enero se racionó el pan a razón de 80 grs. por persona y día ; en abril, quedó prohibido que restaurantes, tabernas y cafés hicieran “ostentación en escaparates de artículos alimenticios en proporciones tales que constituyan un alarde de abundancia”, y en julio se prohibió en estos mismos establecimientos que se sirviese comida a la carta. En mayo del mismo año también se racionó la carne, cuando la había : 100 grs. – un filete pequeño – por persona y semana. Comer carne era un auténtico lujo y fue uno de los productos de los que más necesidad pasó la mayor parte de la población. La “Comisaría de Abastecimientos y Transportes”, el organismo de la administración encargado de velar, normalmente sin demasiado éxito, por que se cumpliesen las normas del régimen de racionamiento, hacía saber en una circular el 8 de mayo de 1941 los días en que los animales debían ser sacrificados – los jueves y los viernes – y la carne distribuida – los viernes y los sábados -. Entre la carne, el pollo, tan frecuente hoy hasta el punto de hacer variar el índice de precios al consumo, llegó a convertirse en un producto que se consumía en contadísimas ocasiones, generalmente, para celebrar algo. En 1941, un pollo venía a costar unas 16 pesetas y en 1944 ya valía el doble, 32 pesetas, precios inalcanzables para la mayoría. Los chistes que muestro a continuación reflejan con bastante nitidez y, a partes iguales, con bastante acidez, en clave de “humor negro”, el hambre que se pasó durante los años que duró el racionamiento. Salvo el primero y el último de la serie, que me los contó de viva voz una de las personas que entrevisté para saber de primera mano de aquellos años entre quienes tienen el recuerdo de haberlos vivido, los demás proceden de las páginas de *El Pueblo Gallego* entre 1940 y 1951. Advierto que el primero de la serie lo leyó mi entrevistado en uno de los urinarios que antes estaban abiertos al público en algunos lugares céntricos de Vigo y que, además de escatológico, es tremendo. Hecha esta advertencia, ahí va esta breve antología de humor y hambre :

“ *Espanoles, ¿aún cagáis?*”

“ *Ante la visión de una pintura que reproduce una naturaleza con abundantes piezas y comida, exclama un espectador : “ ¡ Mi madre ¡ ¡ Cuántas tarjetas de racionamiento tiene este pintor ¡ ”*”

“ - ¡ *Qué aspecto traes ¡*

-*Es que se me acabó la ración de jabón a medio afeitarse.*”

“ - ¡ *Hace usted el favor de darme un pollo asado?*

-*Oiga, esto no es un hotel. Yo soy oculista.*

-*Ya lo sé, pero es que tengo un hambre que no veo.*”

“ - ¡ Vivo de arte, vivo de amor ¡- recita una cantante en la ópera “Tosca”

-Entonces, señorita, ¿ quiere darme su tarjeta de racionamiento?”

“ – Oiga, ha matado usted un cerdo sin autorización.

- Sí, pero ha sido en legítima defensa.”

“ ¡ Alabado sea Dios ¡ No han robado la gallina.”

“ Escriba usted : “Joven, buen sueldo, porvenir brillante, casaría con mujer hacendosa que sufra de inapetencia”.”

“ Vengo a esta oficina de objetos perdidos porque he perdido la cartera, el paraguas, un collar de perlas, un anillo con brillantes y un cerdo. “¿Quiere usted ver si el cerdo está por ahí?”.”

“ Quiero una ratonera, pero que se muera el ratón antes de que se coma el queso.”

“ Viendo un cuadro, uno le dice a otro : “Fíjate qué ostentación. Para demostrar a todos que es rico se ha hecho retratar con todo lo que tiene en el estómago y en los intestinos”.”

“ Unas criadas pasean en fila y uno le comenta otro : “Son las criadas del barrio. Están tan acostumbradas a hacer cola por el racionamiento que ahora pasean así los domingos”.”

“ Ante una selección de cuadros de paisajes, la mujer le comenta a su esposo : “Pepe, debemos comprar el que representa un campo de coles, que en estos tiempos no debe haber ningún terreno sin cultivar”.”

“ Te juro, Elenita, que mientras me traigas todas las tardes un bistec de ternera

metido en un panecillo de pan blanco, mi corazón será fielmente tuyo.”

“ – Este loro es un poco más caro, pero habla tres idiomas.

-No me interesa. Es para asarlo.”

“ - ¿No oyes los pájaros?

-No me hables de ello, que me entra un apetito...”

“ Estamos mi marido y yo indecisos entre ir dos meses a una playa de moda o comprar una docena de huevos.”

“ – A las alubias, en unos sitios, les llaman judías ; en otros, les llaman habichuelas ; en otros, les llaman ...

-Lo de menos es cómo les llaman. El caso es que acudan al llamamiento.”

“ - ¿Tiene pollo?- le pregunta el cliente al camarero del restaurante.

-Sí, señor- le contesta el camarero.

-Pues tráigame una pata.

-¿De delante o de detrás?”

“ En vez de gallinas, me dedico a criar peces porque me han dicho que ponen un millón de huevos al año.”

“ En casa de unos nuevos ricos, estos le abren a un invitado una caja que muestra seis cucharillas : “Coja la cucharita que quiera y échese un poco de azúcar”.”

“ La novela que acabo de leer termina estupendamente. No sólo se casa la protagonista sino que consigue una cartilla maquilera y acaba de molinera.”

“ Franco le mandó a Perón una mandarina con un mensaje secreto. Perón no comprendía el mensaje hasta que un consejero, muy dado a actividades esotéricas, le tradujo : “Manda harina”. Perón, ni corto ni perezoso, le

devolvió la mandarina partida en cuatro trozos iguales. Franco recibió la mandarina devuelta y, después de las mismas cábalas, ahora en El Pardo, Franco comprendió el mensaje de Perón : “Manda cuartos”.”

8.- Del estraperlo y los estraperlistas.

Ni de fruta ni de otros productos de huerta más que los incluidos en la cartilla de racionamiento solían disfrutar los que carecían de tierras de labor o frutales y no tuvieran una economía desahogada. Por otra parte, las necesidades de cada familia obligaban a buscar otras formas de abastecimiento, además de los mencionados “sucedáneos”, para ampliar la dieta más allá de las cartillas. Se extendió por entonces una especie de comercio elemental al margen del racionamiento : el trueque, la forma más antigua de intercambio. Los productos que le entregaban a uno con los cupones del racionamiento, como el aceite, muy codiciado, se cambiaban por otros artículos de primera necesidad. Se vendían huevos para comprar pan o algo de ropa. No eran pocos los que vendían su ración a cambio de un dinero que les hacía falta para salir adelante o para conseguir unos extras con los que luego comprar en el estraperlo.

La baja producción agrícola y ganadera (“un porquiño costaba doce pesetas, en 1941, e non había con qué crialo”, me decía una de las personas con las que hablé) y la intervención estatal en el control de los precios hizo florecer un mercado negro de importantísimas dimensiones. Había precios fijados en la España oficial, pero en la España real faltaban los artículos, acaparados y vendidos a precios muy superiores a los que reflejarían las estadísticas de los precios oficiales de consumo. En el mercado negro era posible adquirir a precios escandalosos lo que en el suministro legal escaseaba, estaba racionado o era de una calidad lamentable. Quienes compraban en este mercado negro lo hacían para su propio consumo o, a veces, para volver a vender lo que habían comprado, fomentándose así el encarecimiento constante de algunas mercancías habituales en los circuitos del “mercado negro”, que solían ser las más escasas y las más demandadas. Así pues, la venta ilegal de los productos racionados, el llamado “estraperlo”, trajo consigo una fuerte subida de precios de los artículos de primera necesidad y una rápida prosperidad para las personas que se dedicaron a este negocio, negocio que llegó a representar una forma legitimada (justificada moralmente por la “necesidad de evitar la miseria mejorando los ingresos del grupo familiar”) de ascenso social. La omnipresencia de las mujeres en las redes del contrabando con Portugal y en el mercado negro se explicaría porque se asumía que el estraperlo era un recurso más de la familia desempeñado por las “mujeres de la casa”.

Hay tres palabras clave para comprender uno de los aspectos cuantitativa y cualitativamente más importante del estraperlo en Vigo durante los años del racionamiento : Portugal, café y tren. El contrabando con Portugal de los alimentos que escaseaban aquí y, especialmente, del café, fue una práctica frecuente. Los carabineros no siempre fueron capaces de detener a quienes, acuciados por necesidades nada o mal cubiertas, se arriesgaban en esta empresa. El tren fue, de todos los escenarios posibles, el medio

preferido por la mayoría de los y las estraperlistas para mover sus productos de uno a otro lado de la frontera. Siguiendo las vías del ferrocarril se dibujó un entramado paralelo a las propias vías en torno a las estaciones situadas en los nudos ferroviarios o en las que había depósito de máquinas. Aunque no fueran excesivamente puntuales, los horarios previstos permitían fijar citas para realizar los intercambios, que normalmente se producían antes de llegar a las estaciones cuando el tren comenzaba a desacelerar. En esos lugares (entre las estaciones de Chapela y Vigo, un kilómetro antes de entrar en Vigo, a la altura de San Lorenzo, donde estaban los talleres de máquinas de la RENFE, los maquinistas amainaban las máquinas para descargar las mercancías que traían a bordo del tren, del correo y del expreso) los y las estraperlistas fijaban sus puntos de encuentro en los que, quienes viajaban con los productos dentro del tren, se deshacían de ellos tirándolos por las ventanillas. En tierra, sus cómplices se encargaban de recogerlos. Así, me decía uno de mis entrevistados, “que había jóvenes que traían comestibles, venían en tren y los tiraban en un sitio concreto, por donde estaban los depósitos de máquinas de la RENFE, antes de la estación de Chapela, mercancías que luego recogía la gente a las que iban destinadas”. Un ferroviario, que reconoce que no le venía nada mal “obtener algún dinero extra”, da fe de que en algunos viajes tenía que hacer milagros para llegar a Vigo porque en el depósito cargaban teóricamente las toneladas de carbón necesarias para el viaje, pero en la práctica había mucho menos carbón porque una parte del depósito estaba ocupada por bidones y sacos con género de estraperlo, sobre todo, con café. Pero, como bien recuerdan mis entrevistados, estas prácticas ilegales tenían sus riesgos : “tenían que andar escapados de la Guardia Civil y de los carabineros, que vigilaban las aduanas, porque si los cogían, como poco, les confiscaban la mercancía”. Pues bien, después de haber dado toda la relevancia necesaria al fenómeno del estraperlo y a la figura de los y las estraperlistas, vayamos a nuestra breve antología de humor y estraperlo, antología cuya fuente son las páginas de *El Pueblo Gallego* entre los años 1940 y 1951 :

“ - *¿Qué lleva usted en ese saco? Seguramente, artículos de estraperlo, ¿no?*

-¿Estraperlista, yo? No, señor. Soy un honrado ladrón profesional.”

“ *Una gallina aparece compartiendo calabozo y uniforme con otras dos presidiarias que se preguntan una a otra :*

-¿Por qué la han sancionado?

-Por poner los huevos a 15 pesetas la docena.”

“ – *Vamos a ver, Pérez, su mamá compra 3 kilos de lentejas a dos pesetas el kilo, ¿cuánto tiene que abonar?*

-Pues 150 pesetas porque mi mamá compra de estraperlo.”

“ *¿Me hace usted el favor de decir dónde está el matadero clandestino?”*

“ - ¿Qué negocio proyectas ahora?

-Vender lluvia de “estraperlo”.”

“ *Baile de trajes en casa de un estraperlista : ¿Cómo se le ocurre venir vestido de guardia? ¿No ve que cuando le vean, los demás invitados van a salir corriendo?*”

“ – *Entonces, ¿ya sabes bien lo que son animales carnívoros y animales hervíboros?*

-¡Claro que sí!

-Pues bien, ¿cómo se llaman los animales que comen carne todos los días?

-¡Estraperlistas!

“ – *Señor González, dígame qué es el hombre.*

-*Un animal racional, bípedo, que empieza en el colegio y acaba en el estraperlo.*”

“ *En el infierno : Desde hoy en vez de usar el aceite para freír seres estúpidos lo venderemos de estraperlo.*”

“ – *No te olvides de traerme cigarrillos, aunque sean de estraperlo- le dice la esposa al esposo, que se va a las Cruzadas, en plena Edad Media.*

-*De eso no sé si encontraré porque todavía no se ha inventado el racionamiento- le contesta el esposo.*”

No quiero terminar este artículo sin expresar mi agradecimiento a todas las personas que entrevisté para que me dieran noticia de sus experiencias y recuerdos de aquellos años de hambre y miseria y, especialmente, a D. Andrés Martínez-Morás y Soria, que gracias al celo con que su familia llevó las cuentas en aquellos años hoy podemos saber con certeza lo que costaban las cosas entre 1943 y 1951 al leer los dietarios que él conserva.

ANTONIO GIRÁLDEZ LOMBA.

Publicado en “Boletín de Instituto de Estudios Vigueses”, nº 7, Año 2001.